

yugoeslavo. El taumaturgo es quien al fin queda transformado y asume su soledad y su falta de contacto humano.

Film lleno de pliegues alucinantes y varios niveles de significación, provocativo y original, especie de rito propiciatorio con oficiantes de compleja psicología, sólo podría compararse lejanamente con Samuel Beckett en su angustiada vivencia del absurdo. En su mundo cerrado, sin embargo, hay una puntuación inquietante del mundo exterior —también absurdo— con fugaces imágenes de crímenes y el sonido de explosiones lejanas, a las cuales los personajes parecen no atender. Una alegoría, entre tantas, de una realidad siniestra. El autor y director, Jorge Polaco, nació en 1946 y es profesor de Literatura y sólo había realizado antes cuatro cortometrajes. *Diapasón* fue premiado en Rotterdam y en Locarno.

La película del Rey, de Carlos Sorin, es otra «opera prima» excepcional. Con el recurso del film dentro del film, Sorin narra la historia de un joven director de cine que se traslada a la Patagonia para rodar la delirante odisea de Aurelie Antoine, un oscuro procurador francés de provincias que se proclama rey de la Araucania y Patagonia hacia 1860, obteniendo el apoyo de numerosas tribus indígenas. Este sueño de una monarquía constitucional influída por las ideas de la Revolución Francesa se derrumba cuando es apresado por las autoridades, declarado demente y exterminados los indios que quería redimir. El film mezcla las escenas de aquella historia delirante con el rodaje lleno de contratiempos del cineasta, hasta que ambos sueños alcanzan su lirismo y la desgracia. Es un film a la vez divertido y lleno de hallazgos expresivos, que al mismo tiempo es un retrato de las vicisitudes que el cine suele prodigar a sus amantes, decididos a crear sus sueños y a chocar con sus dificultades económicas. Premiada en Venecia, Biarritz y Valladolid, debe estrenarse en varias capitales europeas.

Hombre mirando al sudeste (1986) de Eliseo Subiela, es otra propuesta original, entre la ciencia ficción y la metafísica. En un hospital psiquiátrico aparece, sin que nadie sepa cómo, un hombre que dice llamarse Rantés. Un médico lo interroga y escucha con una mezcla de estupor y escepticismo que Rantés declara provenir de otro planeta, que no es humano y que recibe y transmite informaciones... Para ello suele colocarse inmóvil, en el jardín, mirando al sudeste. Para el psiquiatra, es un caso extraño y duda entre creerlo o considerarlo un simulador. Las fronteras de la normalidad se quiebran para él, mientras constata que es imposible identificarlo y que revela un cociente mental de genio. Rantés ayuda a los demás pacientes y descubre inéditas fuentes de sensibilidad, como en la notable secuencia en que les transmite a distancia las sensaciones de un concierto de la Novena Sinfonía. Con un clima logradamente extraño y poético, el film es una alegoría sobre la deshumanización de la sociedad contemporánea.

Gerónima, de Raúl Tosso, en un plano muy diferente, también pone en un agrio interrogante el concepto de «civilización». Al comienzo, se planteó como un documental de 16 mm. sobre la historia de una india mapuche que vive en el desierto patagónico, con sus cuatro hijos, en una desolada miseria. Pero el material se presentó tan lleno de interés, que se convirtió en un largometraje donde la historia recogida en grabaciones de un médico cuando la india Gerónima y sus hijos fueron internados en un hospital, se reconstruye dramáticamente, con autenticidad y sin recursos fáciles. De ese modo, y con el fondo de la grabación original de la voz de Gerónima (que en el film inter-

preta Luisa Calcumil, con sorprendente veracidad) se logra el testimonio estremecedor de una transculturización inoperante.

Junto a estos films notables hay que consignar otros de interés, como *Malayunta* y *Perros de la noche*. El primero, dirigido por José Santiso, es una especie de ceremonial de horror y dominación que enfrenta a un escultor bohemio y un matrimonio maduro que subalquila una habitación en casa del primero que, poco a poco, lo aprisionan en nombre de una moral hipócrita. Bien dirigido y con una interpretación espléndida de Bárbara Mugica, Federico Luppi y Miguel Angel Solá, denota en su estructura, sin embargo, su evidente origen teatral, una obra de Jacobo Langsner. *Perros de la noche*, de Teo Korman, por su parte, es una desolada y sórdida visión de unos desamparados hermanos criados en una «villa miseria» y su periplo errante en locales de «striptease» y prostitución. La pintura es excelente, pero su tónica de testimonio social se resiente por el predominio de la relación psicótica de su protagonista, una especie de subnormal patético. Ambos films, pese a estos reparos, son muestras de una inquietud poco frecuente.

Perspectivas y proyectos

Las cifras de estrenos y los proyectos en trámite parecen indicar un crecimiento, desde 1986, que invierte la corriente depresiva de los sombríos años del 76 al 80. No son ajenos a este momento activo y bastante fértil en iniciativas la inteligente política de estímulos que ha propugnado Manuel Antín en la dirección del Instituto Nacional de Cinematografía. Un ejemplo ha sido el notable número de nuevos realizadores que han podido iniciar sus primeros largometrajes, algunos —como Sorin y Polaco— con el respaldo de premios importantes. La siempre difícil tarea de promoción en el exterior recibe una atención apropiada por parte del Instituto y ya ha dado algunos frutos. Por ahora, esta gestión laboriosa se ha visto ayudada por el talento y la imaginación de algunos creadores, pero debe mantenerse y aumentarse con habilidad en esa selva intrincada que es el mercado internacional.

Si la sempiterna crisis económica no lo impide, este año se presenta con perspectivas interesantes. Según informaciones periodísticas argentinas, ya había veinte películas esperando estreno y casi treinta en rodaje o preparación. Entre las primeras pueden citarse las ya comentadas *Mirta de Liniers a Estambul* (Jorge Coscia y Guillermo Saura) y *Hombre mirando al Sudeste* (Eliseo Subiela); *Debajo del mundo* (codirigido por Beda Manuel Docampo Feijóo y Juan Bautista Stagnaro, coproducción con Checoslovaquia, con exteriores rodados en ese país); *El hombre de la deuda externa* (Pablo Oliva); *Sofía* (Alejandro Doria); *La máscara de la conquista* (Miguel Mirra); *La mayoría silenciada* (Zuhair Jury); *El dueño del Sol* (Rodolfo Mórtoles); *Cuidado, hombres trabajando* (Néstor Cosentino); *Milagrosa Virgen Gaucha* (Rubén Abel Beltrami); *International Taxi Uno* (Vicente Viney); *Había una vez una ballena* (Juan Schröder) y *Secretos en el monte olvidado* (Leo Kanaf), ambos documentales, *Amazona* (coproducción entre Aries y Roger Corman, dirigida por Alejandro Sessa); *Las veredas de Saturno* (realizada en Francia por Hugo Santiago y que ya comentamos en estas notas) y algunas comedias más o menos comerciales como *Me sobra un marido*, de Gerardo Sofovich.

Puede destacarse el retorno al largometraje de Simón Feldman, prestigioso cortometrajista y pedagogo, después de once años. Ha realizado ahora una tragicomedia sobre el país a través de un productor de televisión que quiere vender sus programas en el exterior. El film se titula *Memorias y olvidos*. Feldman fue uno de los impulsores del «nuevo cine» de los años 60 con *El negocio* y *Los de la mesa diez*.

En proceso o en vías de terminación están, entre otros, *Made in Argentina*, de Juan José Jusid, filmada en Buenos Aires y Nueva York, basada en la obra teatral *Made in Lanús*, de Nelly Fernández Tiscornia; *Sin fin (o muerte no es ninguna solución)* de Christian Pauls, que al parecer tenía como propuesta filmar *Casa tomada* de Cortázar; *La vida entera/Opus album*, de Carlos Olguín, que es también una «opera prima», como *Soy paciente*, de Rodolfo Corral. Asimismo se anunciaba la terminación de *Deadly* coproducción con Estados Unidos hablada en inglés pero rodada íntegramente en Buenos Aires por el notable autor de *Ultimos días de la víctima*, Adolfo Aristarain. Otra coproducción, esta vez con Suecia, será *Y (El corresponsal)* de Carlos Lemos, donde aparecen los famosos Erland Josephson, Harriet Andersson y Max von Sydow. Otra coproducción del mismo director, es *Los dueños del silencio*, donde actúan Bibi Andersson, Max von Sydow y Thomas Hellberg. Ambos se anuncian como «thrillers» políticos. El director Alberto Fischerman (*Los días de junio*) debe haber terminado, para estas fechas, *La clínica del doctor Cureta*, una comedia. El mismo tenía ya concluido un film sobre recuerdos y testimonios del famoso escritor polaco Witold Gombrowicz, que vivió muchos años en Argentina. Se titulará *Gombrowicz o la seducción*.

Unos dieciocho proyectos se anunciaron en los primeros meses del año, pero este número es sumamente aleatorio. En cine los proyectos suelen resolverse o desaparecer en cuestión de días. De todos modos, la producción argentina de largometraje parece estabilizarse en la treintena. Algunos films debían comenzar ya, como *Mamá querida* de Silvio Fishbein y *Sur*, de Fernando Ezequiel Solanas. Este último protagonizado por Susú Pecoraro, Miguel Angel Solá y Phillipe Léotard, debía comenzar en la segunda quincena de febrero, pero se demoró por una operación quirúrgica que sufrió el laureado director de *La hora de los hornos* y *Tangos, el exilio de Gardel*.

El realizador de *La película del rey*, Carlos Sorin, comenzaría en agosto su segundo largometraje, *El Evangelio según Harvey Lodge*, en escenarios naturales de La Pampa y Neuquén. Jorge Polaco, que se inició con el excepcional *Diapasón*, debe estar ya en pleno rodaje de su segundo largo, *El nombre del hijo...*, que según se ha difundido plantea un «conflicto de identidad».

Oscar Barney Finn, realizador de *La balada del regreso* y *Contar hasta diez*, debía comenzar en mayo o junio *Chocolate über alles* basado en un cuento de Beatriz Guido. Será una coproducción argentino-polaca.

El veterano director Fernando Ayala (*El arreglo*, *Pasajeros de una pesadilla*, entre los más recientes trabajos del cineasta que hizo *El jefe*, un título mítico, en 1956) prepara con Aída Bortnik el guión de *Las vueltas de la vida*. Habría que señalar por último, para no extender demasiado esta reseña, que dos cineastas de los años del «nuevo cine de los sesenta», Ricardo Alventosa y Martín Schor, comenzarán sendos largometrajes, tras años de silencio. Alventosa (*La herencia*, 1960), prepara una adaptación de

la obra teatral de Alberto Adellach *Chau Papá*. Martín Schor (del cual sólo conocemos cortometrajes) realizará un largometraje titulado *Mea Culpa*.

En suma, el cine argentino ha superado años difíciles y presenta ahora una vitalidad muy estimulante, con obras valiosas y una variada gama de posibilidades creadoras. Un índice estimulante es la gran cantidad de nuevos realizadores que se incorporan a la actividad fílmica, muchas veces con un talento y una perfección formal poco frecuentes. El tiempo dirá si esta corriente de films exigentes, imaginativos y maduros en la expresión hallan el apoyo del público y la proyección que merecen. Por lo pronto, la antigua discusión sobre su autenticidad, su interpretación de la realidad nacional y sus diferentes estéticas (sin contar las sempiternas acusaciones de su mimetismo ante las modas del cine europeo) parecen agotadas y superadas, felizmente. En sus mejores ejemplos (y hasta en las obras de simple espectáculo), hay un nivel poco frecuente de calidad, pese a los sempiternos problemas económicos. Persisten sin embargo los films puramente alimentarios, de rutina comercial y escasa originalidad. Pero esto sucede en todas partes y si se cuentan las obras producidas en los últimos años (sobre todo en 1986), su número es sorprendentemente escaso. Todo esto, y cabe remitirse a lo reseñado en estas páginas, permite esperar el futuro con esperanza.

Nota final: En 1983 el número de estrenos fue menor que en los dos años anteriores y se advierte un reajuste de la producción ante el cambio político. La abolición de la censura y las nuevas relaciones con el Instituto de Cinematografía, cuya dirección asume el cineasta Manuel Antín, producirá sus efectos a partir de 1984. Aún así, ya se advierten los efectos del nuevo clima, en diversos films. *El arreglo*, de Fernando Ayala; *No habrá más penas ni olvidos*, de Héctor Olivera; *Los enemigos*, de Eduardo Calcaño y *Espérame mucho*, de Juan J. Susid, son los films más interesantes de 1983, cuando sólo se estrenan 17 largometrajes, uno de los cuales, *La muerte de Sebastián Arache y su pobre entierro*, de Nicolás Sarquis, se había comenzado en 1975.

En 1984 hay 22 estrenos y entre ellos se destacan *Asesinato en el senado de la Nación*, de Juan José Jusid; *Los chicos de la guerra*, de Bebe Kamin; *La Rosales*, de David Lipszyc; *Pasajeros de una pesadilla*, de Fernando Ayala; *Cuarteles de invierno*, de Lautaro Murúa y *Darse cuenta*, de Alejandro Doria. Hay dos estrenos que se habían postergado por razones diversas: *Los hijos de Fierro*, de Fernando Solanas, realizado en 1972-74 y montado en Francia al exiliarse su director; *La pródiga*, film de Mario Soffici protagonizado por Eva Perón en 1945 y que se daba por perdido.

Entre 1985 y 1986 hay una sucesión de realizaciones felices y que aumentan la calidad y variedad del panorama: *La historia oficial* (1985) de Luis Puenzo, que obtiene el primer Oscar para el cine argentino; *Los días de julio* (1985) de Alberto Fischerman; *Esperando la carroza* (1985) de Alejandro Doria y otros films, revelan interés, ya anuncian una renovación. En 1986, crecen la producción y también la calidad media. *El exilio de Gardel* (Solanas); *Diapasón* (Jorge Polaco), *Gerónima* (Raúl Tosso), *La película del Rey* (Carlos Sorin), *Mirta de Liniers a Estambul* (Jorge Coscia y Guillermo Saura), *Pobre mariposa* (Raúl de la Torre), *Otra historia de amor* (Américo Ortiz de Zárate), *Malayunta* (José Santiso) son algunas de las más notables. La mayoría cosecha premios en festivales y hay que subrayar el gran número de «óperas primas».